

ser tan grande! ; si tu supieses conocerte ! *. El hombre en efecto se conocia entonces tan poco á si mismo que se avaluaba á precio de dinero : se compraba ó vendia como el mas vil ganado ; y fué necesario para abolir este tráfico infame, que Dios mismo fuese vendido en treinta dineros. Esta venta execrable fué el tratado de nuestro rescate *.

* *Tu homo, tantum nomen, si intelligas te!* Apolog. adv. Gent., cap. XLVIII.

* En el tiempo de la conquista de América por los Españoles, cubriendo la Religion con su manto los pueblos vencidos, protegió con todo su poder su libertad. Los protestantes y los mismos filósofos han alabado la conducta del clero católico en esta ocasion. (Véase á ROBERTSON, *Historia de la América*, y M. de Humboldt). El solo en esta época memorable se interesó por la humanidad y defendió sus intereses con valerosa perseverancia, de la avaricia de los conquistadores. Y nótese aquí mismo cuán de acuerdo están los hechos con los principios establecidos en este capítulo y en el precedente. En todas aquellas partes que la política, guiada por el interes particular, obra por sí sola, los infelices naturales ó indigenas fueron oprimidos, encadenados y destruidos en poquísimos tiempo. Donde por el contrario se les ha puesto en manos de la Religion, recibieron de ella estos dos grandes bienes, la civilizacion y libertad. En cuanto á la esclavitud de los negros nunca la aprobó la Iglesia; la toleró, porque la esclavitud mas bien se opone al espíritu de la Religion cristiana, que se prohíbe formalmente por sus leyes. Preparaba poco á poco

Las leyes paganas, no menos bárbaras que las costumbres, se divertian y jugaban con la vida de los hombres de un modo tan indiferente como espantoso. Si sucedia en Roma que un ciudadano fuese asesinado, se hacia morir á todos sus esclavos: ¿Era su amo el acusado? se les atormentaba. Si la ley habia olvidado ú no previsto algun capricho del principe ó del pueblo, se remediaba con duplicado crimen, como lo refiere la historia, hablando del asesinato de la hija de Seyano. Convengamos en que esto nada se parece á las obligaciones sagradas que la Religion

la abolicion en las colonias, dulcificando la suerte de los esclavos; formándolos para el estado social, y cultivando con esmero en estos hijos tardíos las facultades y virtudes, cuya manifestacion y práctica habian de anunciar en ellos la edad oportuna de la emancipacion. La Religion ni la naturaleza hacen cosa alguna atropelladamente. Va disponiendo aquella las mutaciones debidas, las verifica por caminos dulces y grados insensibles. He aquí la senda de la sabiduria. La filosofia vino á desconcertar de repente esta marcha prudente: proclamó ruidosamente la libertad de los negros, sin precaucion alguna, sin prevision, sin examinar si estos hombres, á quienes repentinamente daba la libertad eran capaces de ser libres. ¿Y qué sucedió? Qué ha resultado? El incendio de las colonias, el asesinato de los colonos, una anarquía completa y la guerra de exterminio.

impone á nuestros reyes : « Yo juro, » este es el juramento que exige de ellos antes de ungir su frente con el oleo santo : « Yo juro guardar y « hacer guardar justicia y misericordia en todo « juicio , para que Dios todopoderoso y miseri- « cordioso tenga tambien misericordia de mí. » Todo se encuentra reunido en estas palabras ; la equidad severa y la mansedumbre cristiana, la obligacion y su razon , el precepto y su sancion.

Uno de los caracteres de la Religion es no ponerse jamas á razones con los hombres. Dice á las sociedades del mismo modo que á cada uno de sus miembros : *Haced esto y viviréis.* Ninguna cosa puede darse que sea mejor que este método ; pero no conviene mas que á Dios. Solo la Verdad suprema tiene derecho de prescribir con autoridad lo que hemos de creer, y la soberana Justicia el de imponer leyes que obliguen sin exámen. Y como los pueblos no viven sino por las creencias, y el órden no se mantiene sino con el auxilio de las leyes, se sigue, que nin-

¹ *Hoc fac et vives.* LUC. X, 28.

guna sociedad puede subsistir sin un poder divino, bajo el cual se humillen todos los espíritus y todas las voluntades. El hombre, reducido á no tener otro medio de conservacion que su facultad de discurrir, pereceria en un tiempo cortisimo: y lo mismo sucede á las naciones. El discurso se pierde y titubea, luego que la autoridad deja de sostenerle. El se pone entonces á disposicion de las pasiones, que le dan su fuerza, en un todo destructora. ¿ Qué sucederia por ejemplo , si se dejase el derecho de propiedad á disposicion de la razon ? ¿ Qué no diria esta, y qué no ha dicho para probar su nulidad é injusticia ? Filósofos, dejémonos de palabrotas y de frases hinchadas, responded clara y sencillamente : ¿ con qué título quereis mas bien poseer vuestro campo, y qué garantía os parece mas segura, ó la ley que dice: *Tu no desearás la casa de tu prójimo, ni su campo, ni nada que le pertenezca,* ó los racionios de Raynal, Diderot y Rousseau, sobre el origen y fundamento de la propiedad ?

Las buenas costumbres acaban y perfeccionan

² *Deuteron*, V, 21.

la obra de las buenas leyes. *Quid leges sine moribus vane proficiunt?* decian los mismos paganos. ¿ De qué sirve que se escriban las leyes del orden en el código, si el amor á ellas no está grabado por la Religion en los corazones? Por otra parte las leyes se limitan á condenar ciertos delitos; pero no mandan virtud alguna. La Religion se ha reservado esta parte sublime de la legislación, que todo lo arregla en el hombre, hasta sus deseos mas secretos y sus mas pasajeros afectos. ¿ Cuántos delitos no escapan á la justicia humana? ¿ Cuántos otros no se ve obligada á tolerar? La Religion no tolera ningun desorden: prohíbe hasta un pensamiento malo; nos manda aspirar á una perfeccion infinita: *sed perfectos como lo es vuestro padre celestial.* Y, ¡ cosa maravillosa! al mismo tiempo que abate el orgullo humano con la sublimidad de sus preceptos, reprime todo sentimiento de presuncion en el justo, mostrándole incesantemente virtudes nuevas y superiores que debe adquirir, y anima la con-

¹ *Estote ergo vos perfecti, sicut et pater vester celestis perfectus est.* MATTH. V, 48.

fianza del pecador, abriendo al arrepentido el inmenso seno de la misericordia divina. Muy al contrario de la filosofia, que priva á la virtud hasta de la esperanza, la Religion quita la desesperacion al mismo crimen.

¿ Habrá hombre alguno de tan empedernido corazon, que nunca se haya enternecido al ver la hermosura de la moral evangélica? ¡ Cuánta pureza y profundidad en sus preceptos! ¡ Cuánta perfeccion en sus consejos! ¡ Qué amor tan tierno á la humanidad! ¡ Qué dulzura tan amable y qué uncion tan penetrante en la sencillez de sus máximas! ¡ Cuán derechas van al alma, y como conmueven la conciencia! Se puede quebrantar esta divina ley, pero ¿ quién, á no haber perdido todo sentimiento bueno, se atreverá á disputar su excelencia? La paz y felicidad son sus frutos. Ella une, consuela, evita ó repara los males de la naturaleza y de la sociedad. Bajaria el cielo á la tierra, ó en esta viviriamos como en el cielo, si los hombres quisiesen observándola consentir en ser felices.

Y ved aquí lo que hace el Cristianismo para obligarlos á serlo. No presenta á su vista una

imágen abstracta, un fantasma ideal de virtud, que tal vez admirarian sin resolverse á imitarlo: les ofrece la virtud misma, la perfeccion viva en la persona del Dios-Hombre; y despues para dar á sus preceptos una sancion de infinita fuerza, abre á los pies del crimen el abismo tenebroso del infierno, region desolada de dolores y de eternos suplicios, y muestra á la virtud en lo alto de los cielos, el inmortal premio que la espera. Ninguna recompensa, ningun castigo limitado seria digno de la justicia y bondad de Dios, ni suficiente para retener al hombre en el órden, pues que ni aun la esperanza del soberano bien, y el temor del sumo mal, alcanzan muchas veces á vencer las ilusiones de sus sentidos, y el fuego arrebatado y ciego de las pasiones.

Es pues incontestable en esto, como en todo lo demas, la superioridad eminente del Cristianismo sobre la filosofia. En los labios de esta, la palabra *deber ú obligacion* no tiene significacion alguna: y desafio á todos los filósofos juntos á que me den una definicion inteligible. Mas cuando la consiguiesen, cuando llegasen á convencer la razon de la realidad de la virtud ¿qué vendrá á

ser esta virtud desprovista de toda sancion, sino un simulacro vano? ¿Y dónde encontrarían motivos que determinasen á seguirla y fuesen bastante fuertes para obligarme á sacrificárselo todo, hasta mi felicidad? Yo oigo la Religion, y la comprendo, cuando me habla de penas y recompensas eternas; veo allí un motivo, un interes de infinita consecuencia; así mi razon aprueba y mi corazon se mueve. ¿Pero donde está el cielo de la filosofia? ¿dónde está su infierno? ¿dónde la palma inmortal que guarda para los discípulos de la virtud? Que nos la muestre; y entonces puede ser que trabaje para merecerla. Pero que nó piense seducirme con quimeras. ¿Qué viene á ser el desprecio con que me amenaza, si me dejo llevar de mis apetitos? ¿Qué bien verdadero es el que podrá quitarme? ¿En qué puede la opinion agena hacer daño á mi ser? ¿Me quitará la salud, las riquezas, la sensacion del deleite, la independenciam? El desprecio es nada, si yo llego á menospreciarlo; y aun cuando fuese tan débil que pudiese algo conmigo, ¿quién me quita el escapar de él, como lo hacen muchos, ocultando mis acciones y deleites

viciosos con el velo espeso del misterio. Mas ocultándolos á los demas hombres, no por eso me los ocultaré á mi mismo, será pues preciso comprarlos á costa de remordimientos. Esto es algo mas grave, sin embargo veamos. Yo doy de barato que en los sistemas filosóficos, la conciencia no sea una preocupacion; ó que yo no haya podido vencerla; siempre es cierto que, puesto yo entre un deleite que deseo, y el remordimiento que temo, la eleccion del delito ú de la virtud es un negocio de pura sensacion. Si el deseo puede mas, sucumbo; y resistiré por el contrario, si el temor es mas vivo que el deseo. Ahora bien, cítese una pasion, la cual, no teniendo que temer otro castigo, se contenga solo por la simple aprehension del pesar que ha de tener por haber violado las leyes abstractas del orden.

No; no puede la filosofia imponer al vicio mas que frenos débiles é insuficientes, asi como tampoco puede proponer á la virtud sino premios quiméricos. ¿Qué es lo que me promete? Un nombre que no estoy seguro de poder gozar, un susurro vano de reputacion, que los sabios des-

precian, y que no puede consolar ni aun de un solo infortunio de la vida. Y ni aun esto; ¿quién me sale fiador de esta promesa? ¿Quién me asegura de que la virtud, por el contrario, no atraerá sobre mí insultos, menosprecios, odios y persecuciones? ¿Seria yo el primero que ha cogido este triste fruto de su fidelidad por obligaciones penosas y dificiles? En este caso se me ofrece en recompensa, la alegría que acompaña el buen testimonio de sí mismo. ¡Qué irrision! La alegría de la pobreza, de la hambre, de la sed, de las enfermedades y tormentos del cuerpo, y de los dolores del alma, la alegría de las prisiones y suplicios, y en fin la de una miseria sin esperanza.... No encuentro cosa alguna que poder comparar á esta alegría extravagante, si no es aquella otra, que dicen debe resultarnos de la estéril contemplacion del orden, que contradice y quiebra nuestros apetitos bajo de sus leyes inflexibles. ¿Y qué importa la hermosura de una máquina al infeliz descuartizado y deshecho por sus ruedas?

Sin embargo estos son los motivos mas fuertes que ha podido hallar la filosofia, para apar-

tar á los hombres del crimen y llevarlos á la virtud. No sabiendo en que principio estribar para exigir de ellos el sacrificio de su interes, sacrificio que constituye propiamente la virtud, le ha ocurrido sostener que la virtud no es otra cosa que este mismo interes*. Esto sería verdad,

* « Todas las cuestiones tocantes á la moral tienen siempre en nuestro mismo corazón una solución pronta, que las pasiones nos impiden seguir algunas veces; pero que nunca consiguen destruir; y la solución de todas estas cuestiones, viene á terminar siempre con mas ó menos rodeos, en un tronco comun, que es nuestro interes bien entendido, principio de todas las obligaciones morales. » (D'ALEMBERT. *Éclaircissement sur les élém. de Philos.*, tom. V *des Mélanges*, pág. 6.) Me admiro de que teniendo talento haya quien pueda proferir tamañas tonterías. ¿Cómo mi interes, que con nadie tiene relacion mas que conmigo, puede imponerme obligaciones para con los demas? No creo se hayan nunca encontrado dos ideas menos conciliables. Lo mismo importaba sostener francamente como Diderot, que nuestra única obligación es hacernos felices; esto al menos se comprende. Pero sea lo que fuere en el fondo de la máxima de d'Alembert, considérense las consecuencias. Lo primero, ¿quién sale por fiador de que la generalidad de los hombres sabrá siempre *conocer bien* su interes, en el sentido en que este interes es el de la sociedad toda, y depende de todas las relaciones que pueden existir entre sus miembros? ¿Cuántos conocimientos, luces y experiencia, cuántas reflexiones, qué profundidad y sagacidad de espíritu no se necesita para abrazar objetos tan diversos, examinarlos, compararlos y deducir en cada circunstancia reglas

si el desempeño y cumplimiento de nuestras obligaciones nos hiciese siempre actualmente fe-

para conducirse debidamente en cada posición? La moral pues no sería mas que para los filósofos, cuando mas. En efecto, pues que *nuestro interes bien entendido es el principio de todas las obligaciones morales*, no habría alguna obligación moral para aquellos, á quienes una causa, cualquiera que fuese, ponía fuera del estado en que deben entender bien su interes. Si se engañan, sería una desgracia; pero no un delito. Hay mas; el pícaro que cree conocer bien su interes al robarme, lejos de merecer que esto se le afee, por el contrario es digno de elogio, y cumple escrupulosamente su obligación, tal cual la conoce. No; me dirán, se engaña, y debía raciocinar mejor. ¿Y quién os ha dicho que puede? Además, ¿qué derecho os asiste para pretender que en lo que le toca y pertenece á él, prefiera vuestro juicio al suyo? ¿Cómo le probaréis que entendeis mejor que él sus intereses? ¿Nuestro interes, que no es otra cosa que nuestra felicidad no depende de nuestro modo de pensar y de sentir? Temeis la infamia; él la desprecia. Le mostrais la horca: ¿y qué, todos los ladrones se ahorcan? Uno de los elementos de su cálculo es la probabilidad de robar impunemente. Pero dando este mal ejemplo, se expone á ser imitado algun dia á costa suya. Sea en hora buena, este es un peligro que corre; pero ¿por qué ha de preferir la certeza de no ser jamas robado, por no tener qué, al peligro hipotético de perder una parte de lo que adquirió por esta vía? Lo peor que puede sucederle es volver al estado miserable en que queriais permanecer. Entre tanto, algo ha gozado: y como mirando solo á la vida presente, este es su *interes bien entendido*, el robo hecho con las debidas precauciones, es evidentemente para él, una obligación moral.

lices. Entonces los hombres, que no pueden engañarse en lo que sienten, serian virtuosos por la misma necesidad que les obliga á desear su bienestar. Pero está muy lejos de suceder así, y la Religión, riquísima en verdades, nunca tiene necesidad de mentir, ni teme advertir terminantemente á sus discípulos. « Si nuestras esperanzas, » les dice S. Pablo, « se limitan á esta « sola vida, somos mas miserables que todos los « hombres' . »

El interes de un cristiano es ganar el Cielo, cueste lo que costare de penas y trabajos en esta vida: mas el que no espera otra, no tiene mas que un interes que es hacerse dichoso en esta, de cualquier modo. ¡Y qué felicidad mas extravagante puede proponerse al hombre, que la de resistir incesantemente á sus deseos é inclinaciones, y hasta las urgencias de la naturaleza; la de sacrificarse en todas ocasiones sin esperanza de premio á la dicha, y por el bien de otro! ¡Qué! ¿Es el interes del pobre carecer de lo ne-

* *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.* Epist. I ad Cor. XV, 19.

cesario, cuando puede apoderarse de una parte de lo que sobra al rico? Le ahorcarán si roba. Ya entiendo: el interes de vivir debe poder mas con él, que el de matar su hambre. Luego si estuviese seguro de evitar el suplicio, quedando solo el segundo interes, este determinaria una obligacion contraria. De modo que, quitese el verdugo, y se mudó la moral; él es el padre de todas las virtudes. Sin embargo, por mucho que se haga, este poderoso moralista no podrá alcanzar á todo. La mayor parte de los vicios que arruinan sordamente la sociedad, ó turban su armonia, como son la ambicion, codicia, egoismo, ingratitud, dureza de corazon, envidia, odio, calumnia, libertinage, no son de su jurisdiccion. No pondrá á cubierto de la seduccion á vuestra hija, ni á vuestra muger. Esté en mi mano en el ardor de una pasion violenta satisfacerla en secreto con la certeza de que jamas se descubra: ¿dirá nadie que mi interes ordena rehuse obstinadamente el deleite que se me ofrece? ¿Será tambien mi interes el que me hará renunciar á mis hábitos y costumbres, comodidades, bienes, patria, familia, á cuanto puedo amar

mas, por la utilidad de mis semejantes, ó del Estado á que pertenezco? Hasta ahora no se ha observado, al menos no ha llegado á mi noticia, que en estos casos diversos, las virtudes de los incrédulos, comparadas con las de los cristianos, hayan tenido ú tengan un carácter de superioridad tan relevante, que acredite mucho el principio del interes personal. ¿Y cómo es posible encontrar en este interes la razon del mayor sacrificio que la sociedad puede pedir á sus miembros, y que el hombre puede hacer por otro hombre, el sacrificio de su existencia misma? Todos nuestros intereses presentes se encierran en el interes primero y principal, que es la vida. El que la da, nada se reserva, ni aun la esperanza. Antes pues de aspirar á la virtud, cuyo último grado es este sacrificio, busque la filosofia en el seno de la nada, un interes que valga mas en sí que todos los demas; que nos muestre en el fondo del sepulcro, en medio de aquel polvo frio y aquellos huesos áridos que nunca han de reanimarse, el precio que ha de recompensar el desprendimiento mas sublime.

Con sofismas no se destruye la realidad de las

cosas. Se pretenderá confundir los intereses particulares con el interes comun; pero será inútilmente, porque habrá siempre entre ellos una oposicion que no podrán vencer todos los racionios del mundo. En mil casos exigirá el interes comun que yo desfallezca en la miseria, que consuma mis fuerzas y salud, para que otros cojan el fruto; que yo sofoque mis deseos, apetitos y afectos, que padezca en fin y muera: y hasta que se me pruebe que la miseria, el padecer, la muerte son en sí mismos bienes preferibles á las riquezas, á los deleites y á la vida, tendré por falso, por evidentemente falso, que el interes particular, separado del temor de los castigos y de la esperanza de las recompensas futuras, sea regla de las obligaciones, y fundamento de la moral. Si hubiese una region en la cual esta doctrina se hallase universalmente recibida, reinaria en ella una confusion horribilísima en vez del orden, y seria preciso huir de esta tierra desventurada, donde el crimen sin remordimiento dominaria arrogantemente con nombre de virtud.

¿Queréis dividir en bandos y parcialidades á los hombres, encender entre ellos el odio, exal-

tar el egoismo, la codicia, todas las pasiones? Pues no hay mas que hacer, que poner en juego el interes personal. Por el contrario, ¿deseais unir los miembros de la familia y del Estado, crear la dulce concordia, la humanidad tierna? Pues haced que cada uno, olvidándose de si mismo, se sienta, por decirlo así, existir en otro, y no conozca mas interes que el de todos. Este es el espíritu del Cristianismo, y desde que hay pueblos, ninguno ha subsistido sino por la participacion mas ó menos abundante de este espíritu y de las verdades en que estriba. Su total extincion en un pueblo seria la entera extincion de la vida misma de este pueblo, así como de su perfecto conocimiento y extension, resulta en las naciones la mayor fuerza de vida.

Es una inclinacion natural en el hombre sacrificarlo todo á si mismo, porque él naturalmente se prefiere á todo. Luego el principio del interes particular y el de las obligaciones son esencialmente opuestos, y cualquier ser, que no conociese mas regla de estas que su interes, seria insocial esencialmente; porque la renuncia y abandono de si mismo en los miembros de cual-

quiera sociedad, es la primera condicion de la existencia de esta sociedad. Así la Religion, que es una sociedad entre Dios y el hombre, se funda en el mutuo don ó sacrificio de Dios al hombre y del hombre á Dios, y la sociedad humana se funda igualmente en el don mutuo ú sacrificio del hombre al hombre, ó de cada hombre á todos los hombres; y el sacrificio es de esencia en toda sociedad verdadera. La doctrina evangelica acerca de la renuncia y abnegacion de si mismo, tan extraña para el sentir comun de los hombres, no es mas que la expresion de esta verdad, ó la promulgacion de esta gran ley social. He aquí porque en las naciones cristianas la idea de *renuncia y desprendimiento de si mismo* y de *consagracion* se ve unida á toda funcion pública: idea sublime, que la Religion nos ha hecho tan familiar, que apenas llama nuestra atencion. Gozamos desdeñosamente de los beneficios del Cristianismo, como de los de la naturaleza: cuanto mas grandes, multiplicados y continuos, menos nos llaman la atencion y menos nos mueven.

Sin embargo, si queremos conocer la diferencia que hay entre nuestro estado social y el pre-

cedente, oigamos á Jesucristo mismo : mas verdades hay en una sola de sus palabras, que en los discursos de todos los filósofos juntos.

« Jesus, dirigiéndose á sus discípulos, les dice :
« Sabeis que aquellos que parece mandan sobre
« las gentes, ejercen potestad sobre ellas, y sus
« príncipes las dominan. »

Así, por un lado se ve la apariencia, y, por decirlo así, la sombra del poder, y en realidad la dominacion de la fuerza, *videntur principari...* *dominantur*; y por el otro la esclavitud, *potestatem habent ipsorum*; carencia ú ausencia de autoridad, ciega violencia, sumision trémula y servil, y nada de obediencia : he aquí la sociedad pagana.

« Mas, » continua el Salvador, « no es así entre vosotros, antes el que quisiere ser el mayor, será vuestro criado, y el que quisiere ser el primero entre vosotros, será siervo de todos. Porque el hijo del hombre no vino para que se le sirva, sino para servir y dar su vida en redencion por muchos ». »

¹ *Jesus autem vocans eos, ait illis : Scitis quia hi qui vi-*

Aquí todo se muda : el mando establecido por interes y utilidad de todos viene á ser una carga, y la obediencia un derecho. Reinar es servir, y el primer servidor de los pueblos es el soberano : cuanto es mayor que los demas tanto tiene de mas laborioso su *ministerio*; y entre tanto que no hay un miembro de la sociedad, que no tenga derecho para ser *servido*, solo él, despojado del privilegio de la obediencia, sacrificándose como el hijo del hombre á la felicidad de los otros, vive en medio de la libertad general esclavo del orden y de la felicidad pública. He aquí la sociedad cristiana.

El espíritu de sacrificio ú de amor combate y pelea en ella sin descanso, y con ventajas proporcionadas al grado de fe, contra el principio destructor del inte.es particular. El absoluto abandono de este viene á ser como el alma de

dentur principari gentibus, dominantur eis : et principes eorum potestatem habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister : et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus. Nam et filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis. MARC. X. 42.

nuestras instituciones religiosas y políticas; y nada hay en los Estados, ni durable, ni verdaderamente social mas que lo que descansa y se apoya en esta base. La abnegacion de sí mismo es la primera condicion de todas las grandezas cristianas. No todos pueden ni saben soportar este peso. La dignidad real, como imágen y origen de todos los poderes conservadores del órden social, comienza en la desnudez del pesebre, se ejercita y crece en los trabajos, fatigas y vigiliias, recoge de paso algunas palmas, algunas aclamaciones pasajeras, á las que siguen muy pronto gritos de muerte y maldiciones, angustias y agonías en el huerto de las olivas, torturas y afrentas en el pretorio, finalmente agobiada bajo el peso de la cruz, ciñendo su cabeza una corona de espinas, va á espirar, bendiciendo á sus verdugos, sobre la montaña que corona el valle de Topheth.

Es propio de talentos escasos y cabezas limitadas admirar y ponderar las debilidades de los individuos y, ni aun mirar, ni conocer el espíritu general de las instituciones. Todo cuanto se echa en cara y afea á la nobleza, al clero, no

tiene mas fundamento que este. Pero muéstrennos en la antigüedad alguna cosa que sea comparable á esta consagracion hereditaria de ciertas familias y clases de ciudadanos al servicio de la sociedad, en las funciones mas elevadas del sacerdocio, guerra y magistratura; consagracion tan completa, sacrificio tan perfecto del hombre á su semejante, que nada se exceptua, ni el descanso, ni los gustos y satisfacciones domésticas, ni la hacienda, ni la vida. ¿Se quiere conocer, por un solo hecho, la mutacion que en esta materia la Religion ha causado en las ideas? El severo Bruto desangraba las provincias á mano armada con usuras horribles, sin que su reputacion padeciese lo mas mínimo. Entre nosotros cualquier hombre público que se hubiera dejado dominar por el vil interes personal, no ha mucho, se habria visto cargado de la execracion pública, y despreciado como el mas miserable.

Hemos visto la filosofia venir, establecido el Cristianismo, á introducir en la sociedad toda especie de desórdenes y delitos, y nadie se ha sorprendido, porque nada se concibe mas fácilmente que el paso del bien al mal, ó la deprava-